

Associação Nacional de História – ANPUH

XXIV SIMPÓSIO NACIONAL DE HISTÓRIA - 2007

Nacional-sindicalismo, fascismo y nacionalismo en la Argentina, 1943-1966.

Juan Manuel Padrón*

Resumen

En este trabajo presentamos algunos elementos para comprender como los intelectuales nacionalistas pensaron un nuevo orden político, en el período comprendido entre los golpes militares de 1943 y 1966. Mostraremos como la influencia de los fascismos europeos, su impacto a nivel local y las alternativas en la construcción de un modelo de Estado alternativo a la tradición liberal democrática, fueron centrales en el discurso y las acciones desarrolladas por estos grupos, y como esto perduró con posterioridad a la caída de esos regímenes totalitarios europeos, tomando en el caso argentino significados particulares, en una realidad política y social de creciente conflictividad e inestabilidad.

Palabras claves: nacionalismo, fascismo, nacional-sindicalismo.

Abstract

In this paper we presented some elements to understand as the nationalistic intellectuals thought a new political order, in the period between the military coups of 1943 and 1966. We will show as the influence of the European fascisms, its impact at local level and the alternatives in the construction of a model of State alternative to the democratic liberal tradition, were central in the discuss and the actions developed by these groups, and as this lasted after the fall of those European totalitarian regimes, taking in the Argentine case particular meant, in a political and social reality of increasing confliction and instability.

Key words: nationalism, fascism, national-syndicalism.

Introducción

A comienzos de los años sesenta, el Movimiento Nacionalista Tacuara, una agrupación de jóvenes nacionalistas de extrema derecha, llamaba desde su publicación *Tacuara* a la destrucción del sistema democrático y la construcción de un nuevo orden, basado en el nacionalsindicalismo. Esta apelación no era nueva ni original, y venía a mostrar la persistencia de una corriente de pensamiento que, de una u otra manera, predominaba en buena parte del nacionalismo argentino, y se apoyaba en una crítica despiadada de las instituciones liberales.

En este trabajo presentaremos algunos de los rasgos más significativos de esa corriente, que suponía, como mencionamos, la destrucción de ese orden liberal-democrático, y su posterior reemplazo por alguna forma de corporativismo. Esa corriente, constituida por

* UNCPBA-Conicet. Este trabajo forma parte de mi tesis doctoral en elaboración.

intelectuales y activistas de derecha, buscó en Europa sus modelos de referencia, e intentó conciliarlos con una realidad local por demás conflictiva y cambiante.

Es por ello que nos interesa tomar el período comprendido entre los golpes de Estado de 1943 y 1966 como marco de referencia temporal para nuestro trabajo, período en el cual los cambios que se dieron en la Argentina, con la aparición del peronismo y el desarrollo de una democracia de masas a comienzos del mismo, y la suspensión de toda actividad política al final del mismo (de la mano de la “Revolución Argentina”), constituyeron dos momentos claves en el desarrollo de las instituciones liberales democráticas y en la aparición de modelos críticos hacia las mismas.

El golpe de 1943: los nacionalistas y el modelo fascista

Cuando en junio de 1943 las Fuerzas Armadas se decidieron a derrocar el gobierno conservador de Castillo, acusándolo de mantener un sistema basado en “la venalidad, el fraude, el peculado y la intriga” (ROUQUIÉ, 1998: 9), buena parte de la clase política, salvo los sectores vinculados al nacionalismo, creyeron descubrir en el nuevo gobierno una copia, probablemente burda y en parte anacrónica, de los regímenes nazifascista aun gobernantes en Europa. En cambio, para los nacionalistas la realidad los ponía frente a una nueva oportunidad de imponer sus ideas antiliberales.

Desde 1930, cuando amplios sectores de la intelectualidad de derechas, en particular los nacionalistas, se habían sumado al golpe del General Uriburu que había derrocado el gobierno democrático de Irigoyen, se había ido consolidando un pensamiento que encontraba en la democracia liberal y en sus manifestaciones, instituciones y partidos políticos, una de las causas centrales de la decadencia argentina. La crisis socioeconómica posterior a los años treinta fue interpretada como la crisis del sistema democrático instaurado en 1912 con la ley Sáenz Peña, que al imponer el voto universal, secreto y obligatorio había permitido el ascenso al poder de Hipólito Irigoyen en 1916, líder del Partido Radical y referente para amplios sectores de las capas medias y bajas del país. La experiencia radical, que se extendió entre 1916 y 1930 (dos gobiernos del propio Irigoyen, y uno de Marcelo T. Alvear entre 1922 y 1928), no solo democratizó el sistema político, sino que rompió con el largo predominio de los grupos conservadores, que descubrieron la imposibilidad de retomar el poder por la vía de las urnas.

En ese contexto, los nacionalistas fueron los actores privilegiados a la hora de dar un sustento ideológico a movimiento militar que terminó con la caída de Irigoyen en septiembre de 1930. Sin embargo, el triunfo de la asonada cívico-militar no supuso el éxito de los

proyectos nacionalistas. Su predica en favor de la instauración de un régimen corporativista, luego de una necesaria reforma de la Constitución liberal de 1853, chocó contra la oposición de los sectores conservadores, verdaderos sostenes del nuevo régimen. El cambio propuesto se mostraba demasiado profundo, además de inviable para buena parte de los sectores y partidos tradicionales. Además, la debilidad del corporativismo se basaba en la indefinición y ambigüedad que las propuestas de los intelectuales nacionalistas mostraban, y en su diversidad, que hacían que cada figura reconocida esbozara un proyecto alternativo (DEVOTO, 2002: 249-271).

El fracaso de Uriburu, y su posterior reemplazo por la figura del general Agustín P. Justo, representante de los sectores económicamente más poderosos de la oligarquía y del conservadurismo, canceló la posibilidad de éxito de los modelos corporativistas impulsados por los nacionalistas. Ni el éxito de los regímenes fascistas europeos (fuente de inspiración para muchos de estos intelectuales, e incluso en parte para el mismo Uriburu), ni el apoyo cada vez más significativo de la Iglesia Católica, pudo evitar la debacle del gobierno instaurado en 1930, permitiendo el comienzo de un período de diez años de un régimen democrático en apariencia, marcado en la realidad por el fraude y la corrupción.

Es en ese contexto que el golpe de junio de 1943 fue recibido con algarabía por los círculos nacionalistas, quienes creyeron descubrir en el nuevo gobierno y en sus ocupantes, las Fuerzas Armadas, el único camino viable para la regeneración nacional. Inspirados en los modelos fascistas europeos, las derechas nacionalistas pronto se adjudicaron la paternidad de la “revolución de junio”, y por tanto con derecho a imponer sus ideas corporativistas como ejemplos a seguir en la construcción de un nuevo orden político (ROUQUIÉ, 1994: 91-93).

Héctor Bernardo, un intelectual nacionalista católico de segunda línea, planteaba en los primeros meses del gobierno militar surgido en 1943, la necesidad de imponer un régimen corporativo frente a los errores del individualismo y el estatismo dominantes. Según él, esos errores se resumían en

el excesivo igualitarismo democrático que sustituye una igualdad aritmética a la igualdad de proporción que debe existir entre los ciudadanos, anula la personalidad humana y reduce a un patrón único hombres, cosas e instituciones
(BERNARDO, 1943: 53-54)

Los nacionalistas entendían que las deficiencias propias del orden liberal se habían visto exacerbadas, en el caso argentino, por la demagogia populista del gobierno de Irigoyen, que habían demostrado los límites del régimen democrático, el que además había sido fácilmente

burlado por las maniobras fraudulentas de los años posteriores. Frente a esa realidad, los ejemplos debían buscarse fronteras afuera. La Italia fascista fue uno de los modelos de estado corporativista en el que los intelectuales nacionalistas buscaron estas referencias. En la misma creían ver resumidos algunos de los principales tópicos que se entendían como centrales para la construcción de un nuevo orden: una sociedad jerárquica, con una minoría aristocrática gobernante y el pueblo representado por corporaciones; un estado autoritario de liderazgo y la disolución de los partidos (ZULETA ALVAEZ, 1975: 304-305).

Sin embargo, aun reconociendo las bondades del modelo fascista, una parte de esos intelectuales, cercanos a la Iglesia, no podían aceptar dos cuestiones centrales del régimen de Mussolini: la distancia entre el Estado y la Iglesia Católica, y la amplia movilización de masas en la cual se apoyaba. El modelo español venía a suplir estos inconvenientes: por un lado, “había surgido con el franco-falangismo una versión estrictamente católica del fascismo”; y por otro, España se convertía en un reducto exitoso frente al avance del peligro rojo (BUCHRUCKER, 1999: 180).

Aun así, el modelo español no fue aún una referencia central cuando se pensaba la idea de un nuevo orden y de una nueva forma de Estado, aunque las concepciones de Ramiro Ledesma Ramos sobre el nacionalsindicalismo estuvieran ocasionalmente presentes en los desarrollos de los intelectuales locales. La Unión Cívica Nacionalista, partido conformado por disidentes de la Alianza Libertadora Nacionalistas, una agrupación de jóvenes nacionalistas, expresaba de manera más acabada esa concepción, al defender la instauración de un Estado nacionalsindicalista, en donde los sindicatos servirían como base para la representación (NAVARRO GERASSI, 1968: 151).

De una u otra forma, el nuevo elenco gubernamental surgido en 1943 poco hizo por seguir los consejos de los nacionalistas, que se vieron atrapados en cargos menores dentro de la administración, y por últimos impedidos, al igual que el resto de los partidos y agrupaciones, de hacer política. La revolución en la que habían cifrado sus esperanzas terminaba comenzaba a ser una nueva frustración

El gobierno peronista: la revolución fracasada

La derrota de las fuerzas del Eje en Europa y el ascenso de Perón al poder, constituyeron los dos hechos más significativos que debieron afrontar los nacionalistas durante el año 1945. El primero, que no era una novedad absoluta y venía a comprobar los acontecimientos que se había desarrollado desde finales de 1943 en el campo de batalla europeo, fue el prolegómeno a los conflictos que afrontaría la sociedad argentina en los meses finales del año. El coronel

Perón, luego de acumular el suficiente poder dentro del gobierno revolucionario, apoyado en una política obrerista inédita, había sido alejado del mismo en octubre, y subsiguientemente detenido. Su liberación y posterior candidatura presidencial, enfrentando una amplia coalición de fuerzas políticas tradicionales, le habían permitido llegar al gobierno en febrero de 1946.

Frente a esta realidad, los nacionalistas entendieron que el apoyo a Perón era el mal menor, pues si bien no podían tener más que dudas frente a la política demagógica del coronel triunfante, no podían dejar de obviar el apoyo que la Iglesia le había prestado, y quizás lo más importante, que la alternativa a él era una heterogénea coalición de partidos autodenominados democráticos, que incluía a comunistas y socialistas, junto a los partidos tradicionales. Las primeras manifestaciones fueron de expectativa, y en algunos casos de esperanza frente al nuevo fenómeno político. Julio Meinvielle, un sacerdote nacionalista ultramontano, exaltaba desde su revista *Balcón* las medidas a favor de una mayor redistribución de la riqueza que planteaba el nuevo gobierno, pero al mismo tiempo llamaba la atención por la incapacidad del propio sistema democrático para dar cabida a los nuevos sectores sociales que emergían con las políticas del gobierno:

A la crisis aparentemente política que tiene su manifestación más aguda en la revolución de junio, nada hasta hoy se ha aportado que implique un comienzo siquiera de solución [...] ninguna medida política nueva –ninguna institución que represente la nueva realidad argentina– ha sido ensayada con seriedad y prudencia. Todo, absolutamente todo está en veremos. [...] Es que mientras no se advierta; mientras los argentinos no tengamos el coraje [...] de advertir que la crisis que desde 1930 aqueja a nuestro país es más social que política, esto es, una crisis en la que están en juego nuevas energías sociales en busca de nuevas instituciones políticas que las ordenen, y de nuevas minorías que las manden, todo el desbarajuste y el desasosiego reformador de estos últimos años habrá sido, sobre inútil, irreparable (BALCÓN, 21/6/1946)

La búsqueda de estas nuevas instituciones, y su continua crítica al modelo liberal, encontró a los nacionalistas frente a una oportunidad única en 1949, cuando el gobierno peronista se aprestó a reformar la Constitución de 1853. Sin duda, en la cabeza de muchos de estos intelectuales se encontraba el ejemplo español, el cual si bien no era solo un descubrimiento tardío, sí era una fuente ineludible frente al fracaso de los regímenes nazi fascistas. En él se revelaba uno de los elementos más importantes del nuevo orden propuesto: un Estado católico, freno del avance comunista y fuente de justicia social (BALCÓN, 3/7/1946). Otros destacaban la necesidad de llevar adelante una reforma radical de la Carta Magna, particularmente al definir una nueva forma de representatividad, ya no individual sino colectiva, por sindicatos de actividades, que encontrarían en el parlamento el lugar de

expresión idóneo, frente a los viejos partidos políticos que quedarían reducidos a meros movimientos de opinión (ALIANZA, 9/1948).

Sin embargo, las esperanzas nacionalistas pronto se vieron defraudadas. La nueva Constitución, pensada primeramente para satisfacer los deseos reeleccionistas del presidente Perón, se centraba fundamentalmente en el reconocimiento de los derechos sociales, y nada hacía frente las instituciones liberales que los nacionalistas pretendían abolir. Su énfasis en poner al Estado como arbitro de los conflictos económicos y sociales, nada explicitaba sobre una reforma más profunda de las instituciones liberales, incluyendo la democracia representativa. Solo desde iniciativas periodísticas como la revista *Dinámica Social* (que congregaba a viejos nacionalistas locales y escritos de intelectuales de derecha europeos, se tendió a reconocer los logros del peronismo, aunque siempre atendiendo a reconocer que los derrotados regimenes fascistas, más los casos de España y Portugal, eran la única salida válida para el mito de “un hombre, un voto” del liberalismo (BUCHRUCKER, 1999: 342-343).

Frente a este panorama, no debe extrañar que la gran mayoría de los nacionalistas se ubicaran en la oposición que terminó por derrocar a Perón en 1955. Por un lado este había osado enfrentar a la Iglesia en la etapa final de su mandato, atacando a la que era una de las referencias centrales de estos intelectuales, y por otro no solo no había sido la solución esperada a la decadencia del sistema liberal, sino que por el contrario había llevado al país a las puertas del comunismo, de la mano de una demagógica política obrerista.

De la Revolución Libertadora a la Revolución Argentina: el fin del sueño corporativista

La caída del gobierno de Perón despertó en muchos de los intelectuales nacionalistas esperanzas de renovación, las cuales se vieron, como en los casos anteriores, rápidamente defraudadas. El desplazamiento del poder del general Lonardi, de extracción católica y cercano a los círculos nacionalistas, supuso el triunfo de los sectores militares liberales y de los partidos tradicionales, que rápidamente proscribieron al peronismo y comenzaron a perseguir a sus manifestaciones visible. Frente a esta nueva realidad, amplios sectores del nacionalismo intentaron ajustarse a la nueva situación, desplegando una crítica profunda al nuevo régimen y, paralelamente, intentando consolidar opciones políticas viables.

En este contexto, el gobierno intentó llevar adelante una reforma de la Constitución de 1853, restaurada luego del golpe de 1955, pero la falta de apoyo de la oposición, entre los que se encontraban los nacionalistas, impidió que la Convención llegara a buen puerto. El único elemento destacable de este hecho era que, salvo por sus empresas editoriales y periodísticas

(renacidas en 1956), los nacionalistas poco tenían que festejar, ya que en las elecciones para la convención habían fracasado rotundamente. La nueva estrella política era Arturo Frondizi, político radical que había roto con el ala más conservadora de su partido y había fundado la Unión Cívica Radical Intransigente, levantando las banderas del antiimperialismo y la búsqueda de una solución al problema peronista.

En las elecciones presidenciales de 1958, los nacionalistas se vieron en una encrucijada: o apoyaban a Frondizi, un político sospechado de tener un pasado izquierdista pero que, al igual que Perón, levantaba slogans caros a la tradición nacional; o se oponía manteniendo su discurso antisistema. La opción tomada fue ambigua, pues algunos se sumaron al proyecto de Frondizi (finalmente triunfante con el apoyo peronista), mientras que otros comenzaron una campaña de críticas a un gobierno que volvía a mostrar las falencias de las instituciones liberales.

Así encontramos, por un lado, a los viejos intelectuales nacionalistas que desde sus periódicos criticaban una democracia que, proscrito el partido peronista, poco tenía de tal. Además, el proyecto político de Frondizi pronto se mostró contrario a sus promesas, particularmente en lo relacionado al problema del peronismo, e impulsó una crítica feroz por parte de los nacionalistas, que nucleados en torno a publicaciones como *Segunda República*, *Junta Grande* y *Presencia*, por nombrar solo algunas, iniciaron una prédica despiadada de los sucesivos gobierno, apelando a la idea de una “Revolución Nacional” regeneradora, ambigua en sus alcances y pobre en definiciones concretas, como única salida al dilema democrático. Por otro lado, los jóvenes nacionalistas se organizaron en grupos como el *Movimiento Nacionalista Tacuara*, la *Guardia Restauradora Nacionalista* o la *Legión Argentina Nacional-Sindicalista*, desde donde reivindicaban abiertamente a los regimenes fascistas, y en especial al modelo de la Falange española, del cual tomaban el modelo de organización estatal nacionalsindicalista.

Sin embargo, ninguno de ellos fue capaz de articular una propuesta coherente frente a la democracia liberal, que si bien se encontraba en crisis, no era discutida en tanto se entendía como único régimen viable para la Argentina. Cuando en 1966 buena parte de estos nacionalistas apoyaron el golpe de Estado del general Onganía, pocos esperaran de él una redefinición de las instituciones políticas, y quienes creían ver en sus primeras medidas (como la suspensión de los partidos políticos) un camino hacia un nuevo orden, pronto descubrieron con resignación que estaban frente a un nuevo fracaso, como escribiría Julio Meinville en 1967 (PRESENCIA, verano 1966-67).

Referencias bibliográficas

- BERNARDO, Héctor. **El Régimen Corporativo y el Mundo Actual**. Buenos Aires: Adsum, 1943.
- BUCHRUCKER, Cristián. **Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la Crisis Ideológica Mundial (1927-1955)**. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- DEVOTO, Fernando J. **Nacionalismo, Fascismo y Tradicionalismo en la Argentina Moderna. Una historia**. Buenos Aires: Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002.
- NAVARRO GERASSI, Marysa. **Los Nacionalistas**. Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez, 1968.
- ROUQUIÉ, Alain. **Autoritarismos y Democracias. Estudios de política argentina**. Buenos Aires: Edicial, 1994.
- ROUQUIÉ, Alain. **Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina**. Tomo II. 1943/1973. Buenos Aires: Emecé Editores, 1998.
- ZULETA ALVAREZ, Enrique. **El nacionalismo argentino**. Buenos Aires: Ed. La Bastilla, 1975.